

Orff, **una aventura en la montaña**

Mario Méndez

Ilustraciones de Vladimiro Merino

loqueleg

Introducción

Orff, el dragón vegetariano, ha regresado a su querida Montaña Blanca, junto a la bella Romm. Ya no busca aventuras en una tierra poblada de magia, castillos, brujos y alquimistas. Sin embargo, las aventuras lo buscan a él. Y Orff, como un quijote verde con escamas, siempre las enfrenta.

Muchas sorpresas esperan a Orff, el dragón que un lejano día despertó en una cueva repleta de tesoros, que ese mismo día voló en busca de su destino y que, mucho tiempo después, lo halló en la misma cueva, ya de regreso.

Orff ha regresado para colmar la vieja cueva con otros tesoros, muy diferentes por cierto, e infinitamente más valiosos.

I

La cueva
de los tesoros



Cuando Orff descubrió el perfil inconfundible de la Montaña Blanca, lanzó una corta llamarada, casi un chispazo, de pura alegría. El enorme, impresionante dragón giró la cabezota caballuna hacia un costado y estiró la trompa: esa era su mejor sonrisa. A su lado volaba Romm; su esposa le devolvió el gesto y emitió una llama azul, coqueta y fina. Orff dejó que el aire sostuviera su vuelo, y así, con un planeo elegante, se acercó a ella y le pidió que abriera mucho los ojos. No debía perderse detalle, porque muy pronto ambos vivirían en esa tierra de ensueño, en su propia cueva, cerca de la vieja y querida aldea.

Romm también sonrió y, tal como Orff quería, abrió bien grandes sus ojazos bordeados de largas pestañas y miró

con todo cuidado los campos de tréboles donde ambos muy pronto habrían de pastar. Observó la aldea pequeñita y la montaña de grandes piedras blancas, a las que se acercaban muy rápido. Un rato después los dos se estarían acomodando en la cueva en la que, mucho tiempo atrás, había despertado Orff, rodeado de tesoros.

El joven dragón suponía que la cueva estaría vacía. De aquel fabuloso tesoro sobre el que había dormido ya nada quedaría. Recordó la fortuna que había abandonado sin ninguna pena: el oro y las joyas solo le habían servido de incómodo colchón. El tiempo había transcurrido y por eso, a su regreso, Orff confiaba en que los buscadores de tesoros ya hubieran vaciado la cueva. De todas maneras, precavido, le pidió a Romm que lo esperara y descendió primero sobre la ladera de la montaña. Caminó con cuidado hacia su vieja cueva, unos cuantos cientos de metros. Olfateó y observó los alrededores y ya frente a la entrada supo, con una sola mirada, que había acertado:

su viejo hogar estaba vacío, esperándolos. Invitó entonces a su bella dragona, que bajó junto a él y le apoyó la trompa en el cogote poderoso. Así, como abrazados, entraron en la cueva y en apenas un rato, entre los dos, acondicionaron el hogar.

Una vez que terminaron, el galante marido empujó una enorme piedra que tapó la entrada de la cueva. Ya a solas con su esposa, emitió una llamarada rojiza, que hizo reír a Romm. Siempre gentil, invitó a su amada con un último ramo de tréboles y le acarició la carota con un ala. Orff estaba seguro de que en esa cueva serían muy felices.

Ya era noche cerrada, y los dos dragones dormían plácidamente, cuando un ruido los sobresaltó. Era un rumor metálico y agudo, que hirió los sensibles tímpanos de Orff. Un pico, o una pala, golpeaba contra la gran piedra que cerraba la cueva. Orff se levantó y caminó en silencio hacia la entrada. Espió por una rendija y vio que un grupo de unos quince hombres, todos con herramientas de excavación, se disponía a invadir

su morada. El dragón meneó la cabezota, muy enojado. No entendía qué era lo que estaba pasando. Se preguntaba qué buscaban esos hombres en su montaña, por qué los molestaban, si en la cueva ya no quedaba nada que pudiera interesarles. Los hombres hablaban entre sí, y Orff aguzó el oído para saber qué era lo que tramaban.

—En la aldea aseguran que ya no quedan tesoros —decía uno de ellos, el que parecía ser el jefe—, pero, si reaparecieron los dragones, es seguro que los aldeanos mienten. Por algo volvieron.

—Es cierto —lo respaldó otro—: si hay dragones, ¡seguro que hay tesoros!

—¡Sí!, ¡sí! —exclamaron varios levantando las palas, los picos e incluso algunas lanzas y espadas.

Orff no necesitó oír más. De inmediato comprendió que esos hombres también estaban dispuestos a destruir a los supuestos guardianes de los tesoros. ¡Estaban listos para atacarlos, a él y a su preciosa, inocente esposa! Empezó a dar vueltas en la cueva.

Gruñía. No paraba de rezongar y, mientras tanto, pensaba a toda máquina. El humo, esta vez, parecía salirle de la cabeza, no de las fauces acostumbradas a lanzar llamaredas. Sabía que la piedra que taponaba la entrada era resistente, y que esos hombres tardarían horas en traspasarla. Pero, aunque se demoraran, en algún momento terminarían por entrar. Por mucho que le gustara su Montaña Blanca, la aldea cercana, los trebolares donde tantas veces había pastado y la cueva en la que había dormido durante casi un siglo, Orff comprendió que deberían irse, aunque era muy injusto.

Romm lo miraba ir y venir, en silencio. Al fin, cuando su marido se detuvo un instante, lo miró a los ojos y le habló:

—Tendremos que buscar otra cueva, en alguna montaña donde nadie sospeche que hay tesoros ni dragones. Es la única solución, Orff. Igualmente seremos felices en cualquier lugar...

Orff no la dejó terminar. Sí, quizás Romm tuviera razón, pero tal vez, tal vez...

—Ya veremos —dijo, y luego, rápidamente y en voz baja, le explicó lo que harían a continuación.



Los hombres, que seguían golpeando con sus picos y sus palas, no esperaban nada de lo que ocurrió. De pronto, la gran piedra se corrió con violencia y desde detrás de una enorme llamarada dos pares de ojos furiosos encararon al grupo. Diez de los quince buscadores huyeron despavoridos, y solo cinco de ellos, los que no tuvieron tiempo de huir, levantaron los picos, las palas y algunas armas contra los dos dragones, dispuestos a pelear. Pero bastó una llamarada de Orff por encima de sus cabezas, y otra de Romm, que apuntó a los pies y calentó las piedras que los hombres pisaban, para que también estos cinco huyeran aterrorizados, montaña abajo. Orff y Romm rieron unos instantes con el espectáculo de los hombres que corrían y chillaban como

